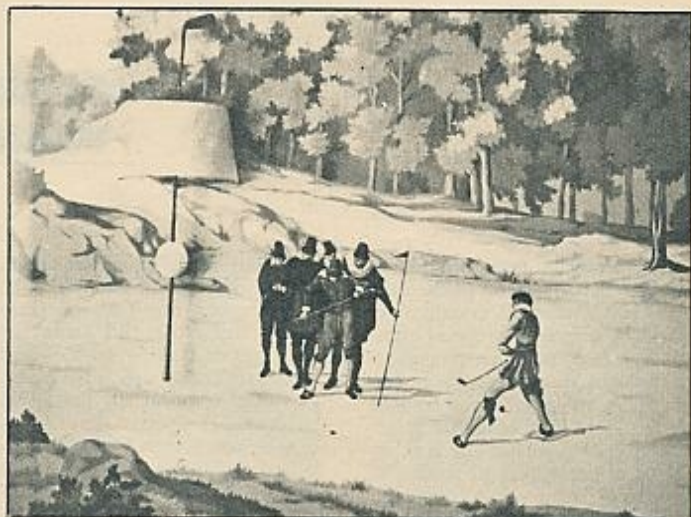


**Domingos de verano
para turistas madrileños pobres**

el escorial

por Santiago Rodríguez Santerbás



Los cortesanos de Felipe II juegan al golf en El Escorial.

El hecho, considerado en sí mismo, parece trivial: trasladarse un domingo de verano, en un tren de cercanías, desde Madrid a El Escorial. Sin embargo, esta sencilla experiencia no es apta para espíritus pusilanimizadados por ciertos productos de consumo. La estación de Atocha —sede tradicional de emigrantes marroquíes esquilmados por astutos Gran Turismo y de víctimas propiciatorias del ingenioso, amén de edificante y didáscalico, timo de la estampita— ofrece, los domingos y fiestas de guardar, un pa-

norama casi apocalíptico: miles de personas de ambos sexos abarrotan los andenes, las salas de espera, los vestíbulos... (Son personas oficialmente pacíficas, ya que su concurrencia sólo exige la presencia de tres parejas de la Policía Armada). El espectáculo es ruidoso, multicolor y —cuando uno prevé su inmersión física en calidad de protagonista— angustioso. Cada diez o quince minutos parten trenes repletos de muchedumbres compactas y rugientes. Abundan los grupos familiares y las pandillas de adolescentes. Las familias —compues-

tas por lo general de marido magro cargado de trastos, esposa opulenta, niños vociferantes y, a veces, abuelita torpe de movimientos— parecen ser, en su mayoría, de modesta condición económica; para ellas, usuarias de televisores comprados a plazos, es aún inaccesible el 600. Los jóvenes tampoco parecen pertenecer a la fauna selecta de la calle de Serrano; visten insólitas y rebajadas camisetitas, pantalones vaqueros, minifaldas, «shorts» al estilo de los estrellas yanquis de hace veinte años; ellos y ellas manifiestan sin recato

una tronante y premeditada —aunque sincera— euforia y una obsesiva propensión a todo género de efusiones amorosas de primer grado. Podría afirmarse que, en este aspecto, la estación de Atocha es un valioso muestrario de la mini-revolución sexual llevada a cabo por la juventud española; pero es razonable suponer que estas rudimentarias expansiones no han de traducirse en soluciones concluyentes (en lo que Marcuse denominaría «sublimación no represiva»), sino en capciosas calenturas mentales (o, si se prefiere, utilizando térmi-

FEIFFER

"Cómo pasé mis vacaciones de verano"



"Julio... Los ví alunizar. Me robaron el coche. Mi hermano fue procesado por negarse a prestar el servicio militar..."



MI madre se rompió una pierna durante un apogón... Vi por televisión al presidente Nixon, que en el Vietnam habló del baseball... Mi hermana se accidentó en una manifestación. Y yo empecé "Guerra y Paz".



Agosto. Vi fotos televisadas de Marte. Fui a un campamento de verano, donde se produjeron disturbios raciales. A mi hermana le dieron una paliza los policías. Mi padre se declaró en huelga.



El presidente Nixon vino a nuestro campamento y nos habló de política exterior. Mi hermano fue muerto por un francotirador. Dejé "Guerra y Paz".



No era demasiado real.



Publicación Ball Syndicate

consumiendo vacaciones

nos del doctor Castilla del Pino, en una «sobre-represión» determinada por el binomio «erotización» + «represión»). En todo caso, el domingo es el día dedicado a las pequeñas libertades vitales. Jóvenes y adultos dan escape a una dosis controlada (naturalmente) de instintos primarios. Y gran parte de esta acción catártica dominical se lleva a efecto mediante la producción sistemática de ruido. El español, que parece ser uno de los pocos seres de la creación absolutamente inmunizado contra sonidos estridentes, ha llegado, gracias a la posesión del transistor portátil, a rozar límites sonoros automáticamente insoportables: la audición simultánea y a pleno volumen de siete programas radiofónicos distintos es algo digno de ser incluido en un catálogo de torturas orientales. Si añadimos a este fenómeno insoslayable la proverbial habilidad del ciudadano español para alcanzar con el mero empleo de sus cuerdas vocales un considerable nivel de decibelios, tendremos derecho a pensar que el paisaje dominical de la estación de Atocha es esencialmente escandaloso. Los gritos arrecian ferozmen-

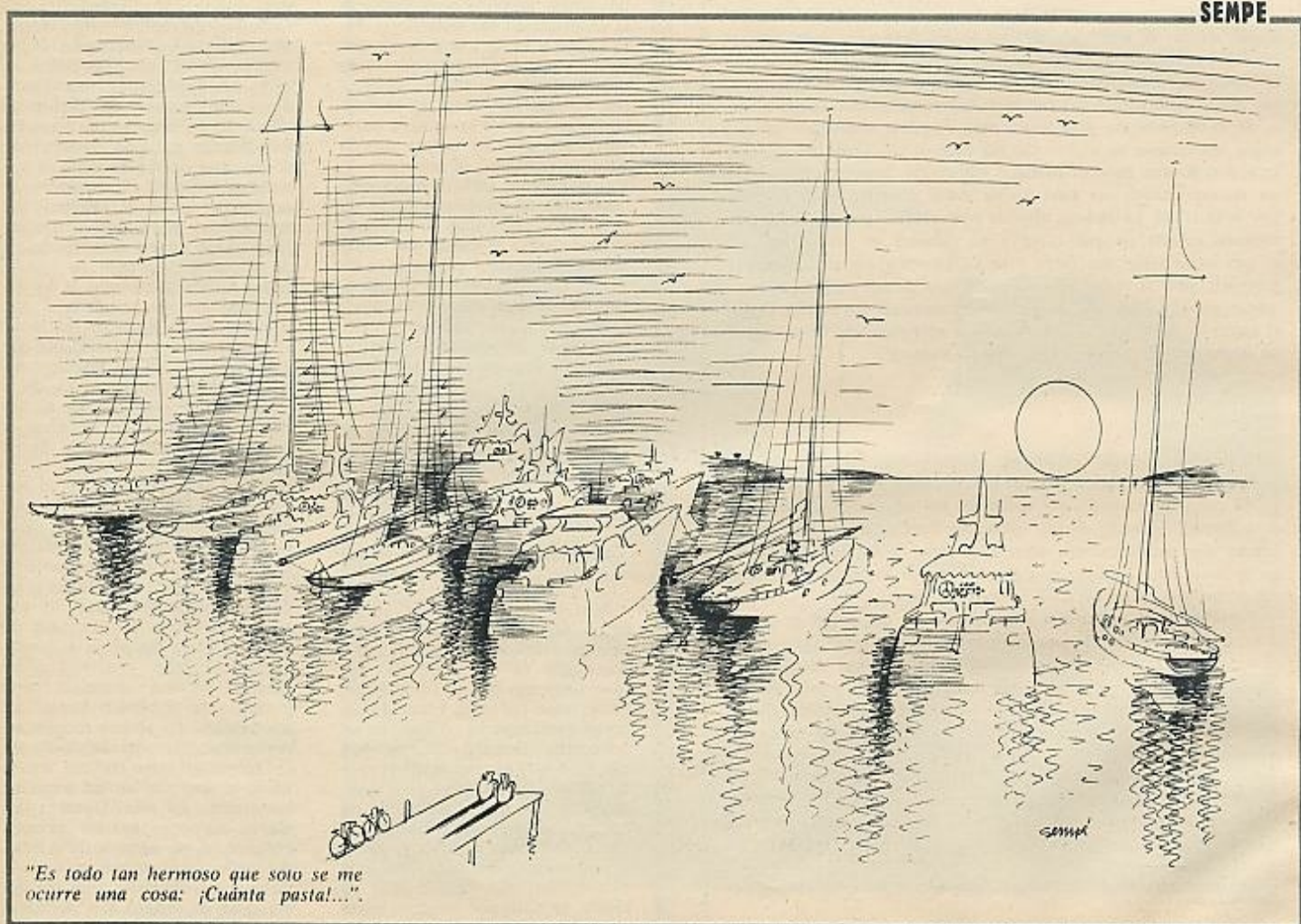
te durante la laboriosa invasión de los convoyes. Al abrirse las puertas de los vagones, una oleada de carne humana, mochilas, toallas, bolsas, barras de pan, botellas de gaseosa, sombreros veraniegos, transistores, niños de pecho, etcétera, se desploma materialmente sobre los flancos del tren. Algunos intrépidos viajeros utilizan las ventanas como vías de acceso (he visto, sobresaliendo por encima de la atroz marejada, las piernas peludas de un «boy-scout», un par de guitarras, el bastón de un anciano y los muslos escuálidos de una adolescente aquejada de alegre histerismo). Ciertos tipos despabilados y agresivos consiguen, merced a esfuerzos físicos y dialécticos, reservar una raquítica fracción de asiento a otros excursionistas rezagados. En pocos instantes el tren queda totalmente lleno. En esos momentos de dificultosa convivencia uno comprende que el tópico de las sardinas en lata es algo más que un simple recurso anfibológico. Al ponerse el tren en marcha aumenta notablemente el griterío. Este fenómeno acústico (carente,

por supuesto, de efectiva agresividad) se repite, a lo largo del trayecto, en cada parada. En Las Rozas, al hacer su gozosa irrupción una nueva invasión de excursionistas, la barahunda es inenarrable. A pesar de todo, el viaje continúa. Algunos grupos juveniles se dedican al canto (a dos metros de mi oreja izquierda, siete u ocho impúberes interpretan con verdadero ensañamiento una canción de Luis Aguilé: «Porque el amor no es un invento... es algo que está en el pensamiento...»). Una muchacha granujienta, cuyo acompañante dormita sobre su hombro, lee con fruición una fotonovela de Corín Tellado. A estribor de mi estómago, tres jóvenes parejas juegan a la «mona»: el jugador que pierde recibe una afectuosa paliza de sus compañeros de partida, ya que cada naipe que va saliendo del mazo origina una forma de agresión y su correlativa frase ritual: «El siete, cachete», «El cinco, pellizco», «El tres, un revés»... La aparición del rey es recibida con inmenso gozo, pues da lugar a una soberana zurra propinada al compás de una

deliciosa canción, cuyo texto —¡perdón!— no me resisto a transcribir:

El rey Fernando vino a España tirando pedos por una caña...

En Torrelodones, el vagón desaloja gran parte de su fragoroso contenido. Algunos viajeros afortunados consiguen ocupar un asiento. Un anciano de porte venerable comenta: «¡Menos mal que ya se han ido esos canibales!...». Los supuestos canibales —inofensivos jugadores de «mona», lectores devotos de Corín Tellado, intérpretes alevosos de «canciones de verano», mocitos besuqueantes y mocitas besuqueadas— se han desparramado pacíficamente por las riberas del arroyo de Trofa. Desde el tren se divisan tribus de bañistas madrugadores. Al mediodía, cuando el termómetro se ponga insoportable, el pobre arroyo subirá de nivel a causa de una jubilosa y masiva demostración práctica del principio de Arquímedes. Al llegar la noche, las orillas del riachuelo tendrán ese aire sucio y patético de los campos de batalla después del combate.



«Es todo tan hermoso que solo se me ocurre una cosa: ¡Cuánta pasta!...»



CORREO DEL CAMPAMENTO DE VERANO

WASHINGTON.—"Estimado señor Altshuler: Como director de admisiones de la Universidad de Nantucket, me complace informarle que ha sido usted aceptado para las clases de otoño. Desgraciadamente, dudamos si la Universidad se abrirá para entonces, ya que los profesores y los estudiantes continúan en huelga. Observo en su solicitud que su padre se dedica al negocio de la confección de pantalones. Me pregunto si usted podría interrogarle acerca de si desearía dar trabajo a alguien cuya experiencia ha sido en el campo educacional, pero que está dispuesto a aprenderlo todo sobre los pantalones. Le adjunto mi 'curriculum vitae', que le agradecería mostrara a su padre en la primera oportunidad. Atentamente, Toger Whiptorn".

"Estimado señor vicepresidente Agnew: Soy director de un pequeño colegio de artes liberales en Nueva Inglaterra y mi contrato debería renovarse dentro de dos meses. Tengo entendido que la junta administradora intenta reemplazarme y, naturalmente, me siento preocupado, porque creo haber hecho una buena labor.

Sé lo ocupado que está usted, pero, ¿no hay posibilidad de que usted me ataque en alguno de sus futuros discursos en los que recaudan fondos para el partido? Un ataque suyo me aseguraría un puesto vitalicio no sólo por la junta directiva, sino también por la facultad. Le incluyo algunas conferencias que he dado, subrayando aquello en que usted y yo estamos en desacuerdo. Ya sé que usted tiene una larga lista de gentes a las cuales intenta combatir, pero si pudiera incluirme en uno de sus ataques al 'estamiento pseudointelectual' estaré tan eternamente agradecido como el rector de Yale, Kingman Brewster, lo está por todo lo que usted ha hecho por él. Sinceramente, Arthur Wallach".

"Estimada señorita Collenberg: Mucho lamento recibir su enojada carta del 20. Deseo señalar que no hubo motivos personales en el suspenso recibido por usted en mi asignatura de filosofía escandinava. El hecho de que usted me llamara un fascista sueco porque dije que su trabajo sobre el proceso de los Siete en Chicago no tenía nada que ver con el periodo que estábamos estudiando, no influyó en mi decisión de suspenderla.

También deseo asegurarle que el hecho de que usted se desnudara completamente un día, como protesta por tener clase en el cumpleaños de Abbie Hoffman, no influyó en mi decisión. Ni siquiera la llamada telefónica que usted hizo a mi esposa diciéndole que iba a tener un hijo mío tuvo influencia en la calificación (para su información: otras doce estudiantes usaron el mismo cuento).

Lo único que juzgué fue su trabajo final, que usted tituló 'Hans Christian Andersen fue un chauvinista sexual y un cerdo racista' y que comprobé que usted había copiado textualmente del periódico clandestino 'Sudor'. Atentamente, Dr. Sven Karlson".

(Copyright 1970, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

Por fin, tras hora y media de viaje —es decir: tras haber sido transportados durante cincuenta kilómetros a una velocidad media de treinta y cinco por hora—, los sufridos turistas dominicales descubren, enclavada en la montaña, la masa pétreo del monasterio escorialense. El tren se detiene y los supervivientes —algunos aún ruidosos— descienden al andén. Desde la estación al pueblo hay un largo y empinado camino. Algunos viajeros toman un autobús; otros se deciden a ir a pie. En la plazoleta de la estación, una mujer habla con su marido; parece estar un poco decepcionada: «¿Y esto es El Escorial? Pues es como Aranjuez, pero en cuesta...». El marido intenta animarla: «Ya verás el monasterio. Es la tercera o la cuarta maravilla del mundo. Ya veras...». Y se queda tan ancho, claro.

Para muchas personas, El Escorial se resume única y exclusivamente en su monasterio. Es cierto que el pueblo de El Escorial no sería lo que es hoy si no contase con la presencia de esa imponente mole granítica. No obstante, parece ser que Felipe II tenía el proyecto de instalar su corte en El Escorial, y que la victoria de San Quintín fue un simple pretexto para justificar la construcción del monasterio. Pero Felipe II es un monarca que tiene mala prensa entre las gentes de espíritu liberal, y ello ha repercutido desfavorablemente en la valoración objetivo de la «octava maravilla» del arte. Se cuenta que la duquesa D'Aulnoy, al enterarse de que el enorme edificio había sido construido en cumplimiento de un voto hecho por Felipe II, exclamó: «Grande sería el miedo que debió de tener quien tan grande voto hizo». Y don Manuel José Quintana, en una de sus soporíferas odas, aunque reconocía los valores estéticos de la obra de Juan de Herrera, los contraponía al criterio ético que le merecía la conducta del rey Felipe:

¿Qué vale, ¡oh Escorial!, que al
[mundo asombres
con la pompa y beldad que en ti
[se encierra,
si al fin eres padrón sobre la
[tierra
de la infamia del arte y de los
[hombres?

Pero el turista dominical (y espeso) suele caer de prejuicios estético-políticos. Como turista pobre que es —y a mucha honra—, tiene eso que se llama «buen conformar». Quien es capaz de soportar estoicamente un viaje en un ferrocarril dantesco (mucho más dantesco que ese estropajoso tren fantasma de las ferias populares, ilustrado con lívidas máscaras de cartón y benignos escobazos rastroños), es capaz de todo. El esforzado turista pobre está dispuesto a escuchar con benevolencia la charla de cualquier cicerone escorialense: acepta la historia de la

parrilla en que fuera asado San Lorenzo, admira la ingenua minuciosidad del gran panel de la Sala de las Batallas, domina con pundonor sus tentaciones de tumbarse en el lecho mortuario de Felipe II y de sentarse en el trono real de quien no conoció el ocaso en sus dominios (esta tentación es de las más graves y perentorias), revolotea sin remilgos desde el Greco al Bosco en la ambarullada orografía pictórica de la Sala Capitular (el turista dominical no ha leído el «Musée imaginaire», de Malraux), observa en éxtasis las estatuas orantes de los reyes, admite sin reservas la historia de la hostia incorrupta profanada por un hereje holandés y se asombra comprobando los prodigios perspectivistas realizados por Claudio Coello en el gigantesco lienzo de la Sacristía, soporta con mansedumbre los patéticos relatos de la agonía y la muerte del rey Felipe II, se estremece con sinceridad ante el indiscutible mal gusto de los marmóreos panteones... Y al final, cuando vuelve a pisar la soleada Lonja, está plena y oficialmente convencido de haber visitado una obra maestra de la arquitectura. Esta aceptación de «verdades artístico-estadísticas» no es exclusiva del pobre turista hispánico: los superdesarrollados anglosajones se quedan emboados en el Epidauró (y los turistas germánicos dominicales —soy testigo de ello— contemplan los edulcorados castillos de Luis de Baviera con la cómplice unión de quienes han visto con respeto «El rey loco», interpretado por O. W. Fischer). Reconocemos, pues, que el turismo programado es una deliciosa forma de alienación. El caso es que al pobre turista celtibérico le ha defraudado, tal vez, su visita al monasterio de El Escorial. No le ha «llenado», vamos. Es innegable que El Escorial no es un producto accesible, fácil, acogedor. Ya decía Unamuno que «repugna por su aridez a los que no se detienen lo bastante a dejarse empapar de su austero encanto». Verlaine hablaba de su despótico «orgueil de granit». En efecto, El Escorial es una obra de orgullo granítico, un parto gigantesco de una mente extraña y adusta. Creo que precisamente el reflejo —aún latente en las grandes piedras geométricas— de esa cruel magnificencia absolutista de Felipe II es lo que aleja al turista bienintencionado —nacional o foráneo— de una verdadera comprensión de la belleza formal del monasterio. El viajero dominical, tan entrañablemente estrojado en su ferrocarril, detesta con cierta razón la amplitud de los espacios herrerianos. En otras palabras: se siente «muy-poco-rey» ante la agria solemnidad de tanto exhibicionismo regio. O en términos más radicales: el monasterio de El Escorial es un insulto a la sensibilidad del hombre consumidor de

consumiendo vacaciones

bienes perecederos. Pese a su espiritual razón de ser, El Escorial es piedra sobre piedra.

El turista dominical, sustancialmente ajeno a las ambiciones imperialistas de la Casa de Austria, prefiere chapotear en un arroyuelo, tumbarse a la sombra de un pino y beber vino con gaseosa fresca; asumir, en definitiva, su propia circunstancia histórica, no la de Felipe II.

El «apartheid» socio-económico no es, naturalmente, exclusivo de El Escorial; se da también en Guadalajara, en Madrid y en Nueva York. Pero se advierte con más nitidez en esas pequeñas localidades que, en algunas épocas del año, albergan conjuntamente a una comunidad que labora y a otra que vive ociosa. El verdadero divorcio se produce dentro de la comunidad ociosa y en función de los medios empleados para rellenar dicho ocio. Dime cómo te diviertes y te diré quién eres.

En El Escorial, durante el invierno, existe asimismo una cierta segregación racial entre los vecinos del pueblo (o la inmensa mayoría de ellos) y la pequeña colonia estudiantil. La Real Universidad de María Cristina, ubicada en el flanco Sur de las Casas de Oficios, frente a la fachada principal del monasterio y comunicada con éste a través de la galería de Convalecientes, fue fundada en 1893 por la reina regente y puesta bajo la tutela docente y espiritual de la comunidad agustina. Por sus aulas —que fueron caballerizas en tiempos de Felipe II— ha desfilado una ilustre serie de apellidos hispánicos: Argüelles, Yanguas, Martínez de Irujo, Pidal, Aunós, Tovar, Gascón y Marín, Bohórquez, Comín, Roca de Togores, Alcocer, Luca de Tena, Kirkpatrick, Aznar, Coello de Portugal, Zuazo, Ridruejo... También hubo, es cierto, una «oveja negra»: Manuel Azaña, cuyo nombre suele ser pudorosamente silenciado en toda alusión retrospectiva (aunque su obra «El jardín de los frailes» debería ser muy tenida en cuenta al hacer un inventario de la «literatura escorialense»). En general, los alumnos de la Real Universidad han sido representantes de un sector social eminentemente clasista.

Pero es en verano, repito, cuando se produce el verdadero «apartheid». El veraneante pobre (y su primo hermano: el turista pobre) callejea, escala el monte Abantos, da un paseo hasta la silla de Felipe II, se aposenta en las terrazas de Floridablanca, se baña en una piscina comunal o en la presa del Batán, ballotes en el parque municipal (también existe un «bolte», más o menos sicodélica, bautizada con el tibetano nombre de El ojo izquierdo), va a ver películas de reestreno en el cine Lope de Vega y sufre restricciones nocturnas de agua.

El veraneante rico suele ser socio del Golf Club. Para ser socio del Golf Club hay que pagar una respetable cuota de entrada (no poseo datos concretos, pero me han asegurado que oscila alrededor de las cincuenta mil pesetas). Sin embargo, tal sacrificio pecuniario debe de tener su justificación: el Golf Club está situado en el corazón del parque de la Herrería, posee un hermoso césped verde (lo cual no deja de ser milagroso, si se tienen en cuenta las ya aludidas restricciones de agua), cuenta con un acogedor albergue, en el que uno puede tomarse un Chivas Regal después de «hacer agujeros», etcétera... Las paredes del bar están decoradas con unos exquisitos murales de tonos grises, en los que aparecen cortesanos de la época de Felipe II practicando el aristocrático deporte que da su nombre al Club; son muy escasos mis conocimientos de la historia de los deportes (sólo sé que en la Francia medieval se jugaba al «criquet», que los jóvenes cretenses saltaban por encima de toros bravos y que Felipe el Hermoso murió después de un partido de pelota), pero sospecho que la austera corte de Felipe II desconocía aún la práctica del luterano golf. No obstante, el anacronismo histórico-deportivo es, a mi entender, una especie de legitimación procesal para explicar razonablemente la existencia de un Golf Club a los pies de la rocosa silla del rey Felipe II.

También los veraneantes ricos se dedican a la equitación, deporte mucho más adecuado a la mentalidad del Imperio español. La escuela de equitación estaba instalada antaño en el parque de la Herrería; ahora, invadida por el golf, se ha trasladado al camino del cementerio. Su propietario, Avelino, es un hombre enjuto, moreno, de carácter llano y afable; es, además, un magnífico jinete. Lo conozco hace muchos años, y fui en su busca desde la entrada de la Herrería hasta el polvoriento camino del cementerio; charlamos unos instantes, pues él debía comenzar una clase. Le pregunté acerca del traslado; me respondió con una sonrisa: «Esto está mucho peor situado, claro; los alumnos ya están cansados antes de subir al caballo...».

No quiero pecar de extremista: en El Escorial vive también la llamada «clase media». Un gran número de madrileños se desplaza todos los fines de semana a El Escorial; son gentes que han comprado o alquilado un piso o un chalet; no son socios del Golf Club, pero tampoco son usuarios del tren de cercanías. El camino de Guadarrama está saturado de inmuebles ocupados por estos escorialenses adoptivos. ■ S. R. S.

